

No habrá algoritmo que pueda programar al analista

Por Fabian Fajnwaks

Internet constituye un espejo, una figura del Otro, un semblante o un objeto a? Podemos encontrar estas categorías lacanianas alrededor de ese universo particular que es la red. Una página personal de Facebook, Instagram o Snapchat funcionan bien como un espejo que reenvía la propia imagen al sujeto, a la manera del estadio del espejo, es decir, constituyéndose en la mirada de los otros, sus comentarios, Me gusta o No me gusta. Los efectos de júbilo narcisista le siguen a esto. Esta imagen se acompaña de significantes de un discurso permitiendo construir lo que se llama un perfil, que cada uno se puede hacer.

Pero el sujeto realiza su historia de vida también en sus blogs, páginas personales y redes sociales, dando también lugar a una suerte de síntesis depositaria de su devenir.

La acumulación de esta información bajo la forma de datos da cuerpo al *big data* y deja ver una similitud con el lugar en donde se depositan los significantes del sujeto, lugar que Lacan describió como el gran Otro. Por el lugar que internet encarna podríamos encontrar la categoría del Otro, un Otro artificial producto de la tecnología. El lazo del sujeto con este Otro se puede ver en el primer piso de grafo del deseo, con el efecto de retorno sobre el sujeto que constituye la interacción con la comunidad de internautas.

Si internet es un Otro, es un Otro incompleto en tanto está abierto a la codificación permanente de datos. La ley de Moore, que afirma que el poder de almacenamiento de los microprocesadores se duplica cada dos años, ratifica esta incompletud. Si el cifrado de datos correspondía a una codificación fija, así como el programa codificado de algoritmos, ahora los algoritmos evolutivos, en el corazón de la inteligencia artificial, que a su vez pueden producir una nueva combinatoria, permiten ver un Otro aún más abierto y en constante evolución. Como AlphaGo, el programa que derrotó al mejor jugador del mundo de Go en marzo de 2016, desarrollando su propio juego, a diferencia de Deep Blue, la super computadora en la cual estaban registradas casi todas las partidas de ajedrez jugadas por el hombre y había derrotado a Gary Kasparov en 1997. Si este sistema de cifrado que es internet permite la constitución de un Otro que aloja significados del sujeto, hay lugar para preguntarse que efecto de sujeto resulta de este Otro artificial. Porque el vacío presente en la significación está ausente, en la medida que significante y significado quedan soldados; y si hay deslizamiento metonímico, no hay efecto de metáfora. No hay sino un efecto de deslizamiento metonímico permanente en el flujo de información, lo que hace decir a Dominique Cardon, citando a Deleuze, que el individuo de los algoritmos es un dividuo, un individuo dividido para siempre en el flujo del control tecnológico.¹

Esta dimensión tecnológica de la comunicación que implica internet, su carácter virtual, introdujo su dimensión de semblante en oposición con lo real. El cifrado en cuestión es una codificación sin equívoco y sobre todo sin descanso, en la medida que constituye la traducción matemática de significantes en datos que se significan por sí mismos: Cada dato se corresponde de manera inequívoca a una información. En el horizonte que se imagina cada vez más próximo pero inalcanzable por estructura, lo que se diseña, es el proyecto de la ciencia moderna: Que lo simbólico termine por tapar lo real. Que la relación sexual pueda escribirse y nosotros deshacernos de lo real, como lo denunciaba

ya Lacan en La tercera² en la medida en que sería completamente absorbido por los datos numéricos.

Pero la escritura que los datos suponen, en la combinatoria algorítmica, participa más de una escritura literal que matemática, como bien lo ha señalado Jean Claude Milner en Claridad del todo.³ El proyecto de la ciencia moderna, en el cual el modelo eran la física y las matemáticas – Koyré lo ha desarrollado exhaustivamente en sus trabajos- ha cambiado a partir del ascenso de las ciencias de la vida y, ahora tenemos una escritura literal, que tiene la forma de las ciencias matemáticas, pero no formaliza nada. Como dijo Kant, “Jamás habrá un Newton de una brizna de hierba”,⁴ para ejemplificar que no se llegará jamás a matematizar la naturaleza, la ciencia contemporánea busca demostrar lo contrario: Que se puede matematizar la vida completamente.

Hay que señalar la paradoja en que es el psicoanálisis con sus matemáticas quien se ocupa de una escritura de lo real más que la ciencia, bajo su forma de “ciencias de la vida”, de las cuales la biología molecular es el modelo. La escritura científica parece más bien, con su estructura literal, su literalidad, más del lado del semblante, que no tiene de modelo matemático más que la forma; e internet es la criatura resultante. Lacan lo señalaba ya cuando decía que “La ciencia es un semblante articulado que lo real viene a agujerear”.⁵ El real aquí es el del goce, imposible de digitalizar como lo señalaba Eric Laurent hace uno años.⁶

La digitalización creciente de la vida del ser hablante, de sus fenómenos, ha dado lugar a la producción de algoritmos que podrían sustituir a un terapeuta. En esta misma línea Sherry Turkle nos habla de la atracción que un algoritmo psicoterapéutico podría significar para algunos, en comparación con un terapeuta humano que podría equivocarse sentado en su silla.

Más allá de esta pregunta que da toda su relevancia al procedimiento del pase como examen que permite minimizar al máximo los "ruidos" interferentes del fantasma del analista en su escucha, algo se vuelve evidente: En tanto que ocupando el lugar del objeto *a* en la cura, el analista nunca puede ser digitalizado por ningún algoritmo que ocupe su lugar, porque si podemos conocer por los significantes lo que su presencia real implica en la transferencia, es estructuralmente imposible cuantificar el lugar que él ocupa.

Biología-Poder

Internet encarna también un vector de poder. De libertad y de poder. Ciertamente hay que interpretar en la creación de Alphabet – el conglomerado de grupos pertenecientes a Google para desarrollar diferentes filiales en cartografía (Google maps), investigación médica y salud (Calico), en educación (Google for education), en inteligencia artificial, en conectividad urbana – la ambición del gigante informático de escribir el lenguaje algorítmico en el corazón de la experiencia del ser hablante y en todos los campos de la vida. Como señala Éric Sadin, autor crítico de la extensión numérico-liberal de los algoritmos y de GAFA (Google, Apple, Facebook, et Amazon)⁷, con el proyecto de esta extensión numérica, asistimos a la constitución de una nueva Weltanschauung⁸ soft, que busca realizar por la vía numérica el proyecto cibernético tal cual fue formulado en los años 1950, y del cual Lacan se hacía eco en sus primeros seminarios.⁹ Norbert Wiener, fundador de la cibernética y creador del término *feedback* en la ciencia, había ya

teorizado el principio de una sociedad estructurada como un gran sistema de información y constantemente regulado por un feedback generalizado. Con microprocesadores, pulgares y sensores unidos a los cuerpos y objetos de la tecnología, se está materializando la sociedad ecológica a nivel de los sistemas, pensada por N. Wiener. ¿El ser hablante será engullido por este funcionamiento?

¿Qué lugar quedará para que la palabra no sea ecológicamente integrada en estos sistemas de manera difusa?

Si el rizoma Deleuziano es evocado frecuentemente para caracterizar la estructura de la red, las “Sociedades de control” que la filosofía teorizó, conocen con el desarrollo de los algoritmos, una mutación particular orientándose a nuevas formas de poder que la técnica permite. Más que Vigilar y castigar, se trata de una sumisión voluntaria del internauta a dejarse “conducir sus conductas”. La mutación del viejo orden de poder en poder biotecnológico, que Michel Foucault puntualizó en sus seminarios de fines de los años 70 encuentra con la extensión de internet una verificación.

Los algoritmos del psicoanálisis

Este bello título de un artículo de Jacques Alain Miller,¹⁰ merece ser retomado a la luz de la tremenda extensión que los algoritmos han experimentado en su aplicación digital y compararlos con el lugar que ocupan en el psicoanálisis.

Lacan utilizó los algoritmos en diferentes momentos de su enseñanza, desde “La carta robada”, hasta el signo lingüístico Saussureano, que él denominó *algoritmo* debido a la superposición del significante sobre el significado produciendo invariablemente la división de cualquier signo lingüístico, y estableciendo la clave de la interpretación por el equívoco.

Otro algoritmo, el de la transferencia, traduce este hecho en la inscripción que la lectura del texto inconsciente encuentra en el encuentro con el analista. Este algoritmo permite pasar, como J.-A. Miller demuestra en su artículo, desde la secuencia *lawless*, presente en el principio de la asociación libre y los significantes en principio no articulados, a una secuencia *lawlike*, donde la ley en cuestión está dictada por el algoritmo de la transferencia. Este algoritmo proporciona la combinatoria que reúne significantes dispersos en el Otro, declinando la cadena de asociación libre que permite despejar *après-coup* la ley que la secuencia en sí misma constituye. Jacques Alain Miller no duda en defender la idea de que podría haber también un *algoritmo del pase*. Podemos preguntarnos: ¿Cuál es la relación entre este algoritmo y los significantes antes del sujeto, en la medida en que un algoritmo constituye una combinación o una serie de instrucciones, significantes en el análisis y aisladas a partir de repetición?

Los algoritmos aislados en el análisis encuentran un lugar reducido a la dimensión del semblante en comparación con el goce en la última y ultimísima enseñanza de Lacan.

En la medida en que se trata de especificar la relación particular que el *parlêtre* tiene con el goce, se puede medir el alcance limitado que solo una perspectiva algorítmica en el pase tendría en relación con la perspectiva de los matemas o nudos.

La inteligencia artificial y el ser hablante

La inteligencia artificial designa la capacidad de ciertos algoritmos para registrar los comportamientos de un usuario para "predecir" comportamientos futuros, y cuando están programados para esto, escojan por sí mismos un criterio para optimizar, independientemente de la voluntad de la máquina y programador. Los algoritmos que recomiendan libros para comprar o películas para ver en Amazon o Netflix pertenecen a esta categoría: operan por refuerzo del comportamiento, una aplicación del conductismo a la tecnología. Se basan estrictamente en el comportamiento digital del comprador para "recomendar" productos y optimizar su atención en el bombardeo de ofertas comerciales.

Los algoritmos "aprenderían" de esta manera, como *EdgeRank*, el algoritmo presente en Facebook y que le ofrece las publicaciones de sus amigos, de acuerdo con la cantidad de veces que ha consultado sus páginas o la cantidad de veces que tiene me gusta en sus publicaciones. Este algoritmo está completo y voluntariamente cerrado a cualquier contingencia.

Hay un efecto de *après-coup* y retroalimentación presente en el "aprendizaje", que es el comportamiento de los usuarios que usan y se adaptan a este uso. El determinismo de este comportamiento de los algoritmos es unívoco para garantizar la plasticidad y su aprendizaje. El *deep learning* actualmente desarrollado por el *brain projet* de Google, la lectura por algoritmos de imágenes y su reproducción interpretando estas imágenes, se basa en la investigación de la neurociencia sobre el funcionamiento de las redes neuronales. Las nuevas conexiones sinápticas que supone la experiencia de las neurociencias, la *neuroplasticidad*, ahora se aplican a los algoritmos para programarlas para desarrollar nuevas conexiones y adaptarse a los nuevos inputs recopilados por los sensores.

Pero el uso del término inteligencia, aquí, permite dimensionar la ironía de Lacan con respecto a este término de la psicología, que él combinó con el adjetivo "animal". De hecho, la inteligencia supone el aprendizaje de los comportamientos mediante el condicionamiento o el refuerzo de los *inputs* que permiten al organismo aprender qué debe hacer o no para evitar ciertos estímulos. En esto, nuestros algoritmos y máquinas pueden convertirse en "inteligentes" y hoy saludamos estas proezas y logros tecnológicos. También se teme que esto pueda dar forma a la fantasía de la ciencia-ficción de dominación del hombre por la máquina. El ser hablante es poco inteligente: repite, de acuerdo con un programa de goce cada vez singular, su propio algoritmo en situaciones similares, y necesita la experiencia del análisis para poder aislar los algoritmos que controlan sus cadenas significantes y desprenderse de ellos.

El *parlêtre* sobrevivirá a la digitalización del mundo si sabemos cómo orientarnos por lo real.

Traducción: Nicolás Conde

Notas

¹ Cardon, D., *À quoi rêvent les algorithmes*, Paris, Seuil, 2015, p.70.

- ² Lacan, J., “La tercera”, *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Bs. As., 2010, p. 144.
- ³ Milner, Jean-Claude., *Claridad de todo*, Manantial, Bs. As., 2012, p. 192.
- ⁴ Kant, E., *Critica de la facultad de juzgar*, Monte Ávila, Caracas, 2006.
- ⁵ Lacan, J., *El seminario, Libro 18, De un discurso que no fuera del semblante*, Paidós, Bs. As., 2011.
- ⁶ Laurent, E., Un real para el siglo XXI, en: www.congresamop2014.com
- ⁷ Sadin, É., *La vie algorithmique. Critique de la raison numérique*, L’Échappée, Paris, 2016.
- ⁸ Visión del mundo
- ⁹ Lacan, J., *El seminario, Libro 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Paidós, Bs. As., 2004.
- ¹⁰ Miller, J-A., “Algorithmes de la psychanalyse”, *¿Ornicar?* 16, automne 1978, p. 15.